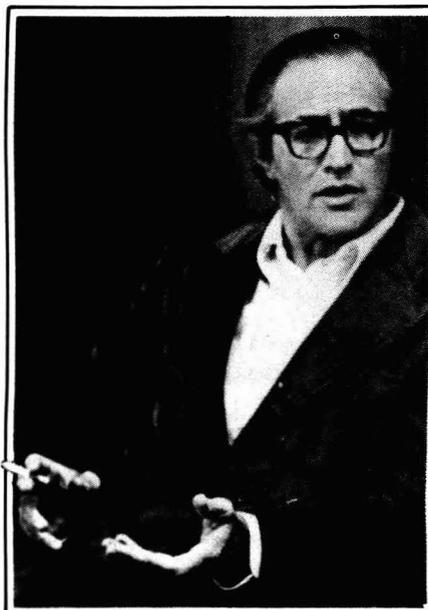


LUIS VILLORO

# Por la razón apasionada

Por Mariflor Aguilar, Carlos Alvarez y Griselda Gutiérrez

Con los ojos cerrados, esperando con calma a que la frase correcta venga a su mente, pudiendo contar el número de veces que respira cada minuto, él medita. Al fin, con tono claro dice: "Creo que la liga del intelectual con la política es, en el fondo, pasional, aunque esa pasión esté dirigida hacia la razón. En la medida en que el intelectual está movido por un interés real en la razón, en la autenticidad, en la verdad, no puede menos que interesarse por que se establezca igualmente en la sociedad un orden racional. Los intelectuales que no se interesan en la política siempre me han parecido sospechosos de estar demasiado dominados por la vanidad y el narcisismo". Luis Villoro contestó así a una de las preguntas que tuve que enviarle por correo, imposibilitado por la distancia a hablar personalmente con él. Pero cualquiera que lo haya tratado como maestro, como amigo, colega, puede imaginar al igual que yo, al tener en mis manos la carta que me envió respondiendo a la entrevista, cada uno de sus movimientos, cada uno de sus gestos, el tono de su voz, su aspecto nervioso pero seguro. Recuerdo aún el ruido de sus pasos por los pasillos de la Facultad de Filosofía y Letras; quienes esperábamos su llegada para entrar al salón de clases podíamos reconocer de ese modo cuándo se aproximaba. Con ese trato peculiar, imagino sus ademanes al momento de leer cada una de mis preguntas. Su respuesta no tardó mucho en llegar. Previamente había enviado una pequeña nota comunicándome que había recibido el cuestionario y que lo contestaría en cuanto sus obligaciones al frente de la Delegación Permanente de México en la UNESCO le dejaran algún respiro. Los trabajos de Luis Villoro dejan ver una gran diversidad de temas; tal parece que sus preocupaciones abarcan un espectro tan amplio que en él caben las reflexiones acerca de la filosofía de la ciencia, la ideología, la historia de México, la cultura nacional y la política. Dedicado toda su vida a las labores académicas, Villoro considera que en cierta medida sus actividades actuales en la



Luis Villoro

UNESCO son un respiro que le permitirá regresar con nuevas ideas a la universidad mexicana.

**—En sus trabajos es evidente la diversidad de temas y problemas que aborda. Esto se ha atribuido a su inquietud por salir al paso, de los problemas que se plantea la sociedad en tiempos diferentes. ¿Es esto así o hay otra razón que explique la diversidad temática de su obra?**

—Mi actividad intelectual ha respondido a dos preocupaciones que no siempre he podido conjugar. Primero, una vocación por el tratamiento académico de los problemas filosóficos. A esa línea corresponden mis trabajos sobre fundamentos de las creencias y del conocimiento o sobre temas de historia de la filosofía. Segundo, una necesidad de contribuir al esclarecimiento racional de nuestra sociedad y nuestra historia, de allí mis escritos sobre historia intelectual de México, sobre

ideologías sociales y problemas políticos. La coexistencia de estas dos preocupaciones es responsable de cierta dispersión en los temas que he tratado, pero no podría renunciar a ninguna de ellas. Siento la necesidad de un tratamiento más profesional de los problemas filosóficos en nuestro país, que luche por desterrar de nuestra filosofía la improvisación y el verbalismo, pero no creo que podamos ni debemos llegar al grado de especialización académica que se da en sociedades más desarrolladas. No podemos volver la espalda a nuestra realidad y a la urgencia de un pensamiento adecuado a sus necesidades reales, que trate de volver más comprensible nuestro mundo propio.

Pocos hombres han estado tan cerca de los acontecimientos más relevantes de la vida intelectual mexicana como Luis Villoro. Egresado de la propia Facultad de Filosofía y Letras en 1949, siguió sus estudios de posgrado en las universidades de París y Munich. Comenzó su labor académica en el año de 1948, desde entonces ha sido profesor invitado en Universidades de México y del extranjero. Pero para quien conozca un poco su trayectoria intelectual, sabe que un momento crucial para su formación personal, así como un momento que sigue marcando el inicio de una época radicalmente nueva de concebir nuestra propia historia, lo constituye el nacimiento del Grupo Hiperión. Algunos consideran que su nacimiento marca a su vez el nacimiento de la filosofía mexicana, otros consideran que sólo marca un momento particular en el desarrollo de las ideas en México. Pero en cualquier caso se debe reconocer que la cultura mexicana no fue la misma después de la aparición de Hiperión. Para Luis Villoro esa influencia se siente en algunas de sus obras de juventud, por ejemplo Los Grandes Momentos del

Indigenismo en México y El Proceso Ideológico de la Revolución de Independencia.

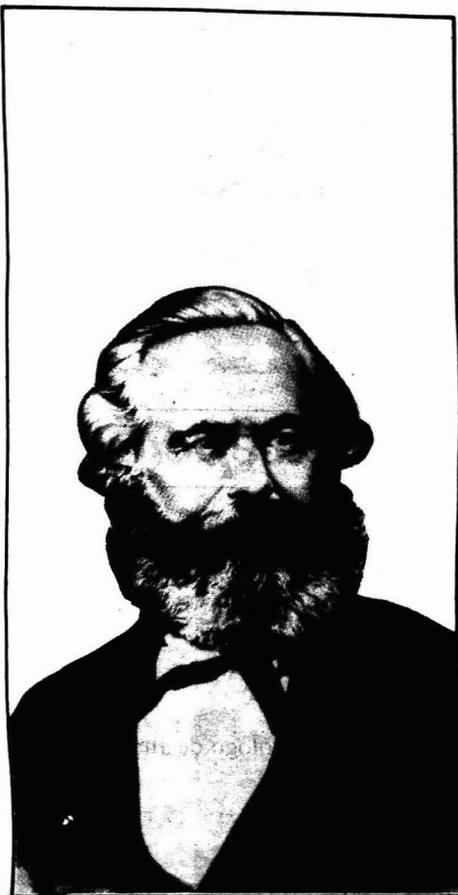
**—Su trayectoria filosófica es representativa del curso que siguió el quehacer filosófico en nuestro país en las últimas tres décadas; ¿cuál fue su nexa y en qué medida pesaron en su formación el grupo Hiperión, y el doctor José Gaos?**

—Hacia 1948 constituimos Hiperión un conjunto de estudiantes de filosofía. Los más asiduos éramos Emilio Uranga, Jorge Portilla, Ricardo Guerra, Joaquín Sánchez Macgregor, Salvador Reyes Nevares, Fausto Vega y yo.

Compartíamos dos ideas: la apertura a corrientes filosóficas ausentes entonces del medio académico (fenomenología, existencialismo, marxismo) y el afán de realizar lo que llamaría ahora una filosofía auténtica. ¿Qué entiendo por "autenticidad" en este contexto? Por una parte, *autonomía*: intentar pensar por cuenta propia, sin limitarnos a repetir doctrinas importadas; por la otra, *adecuación* del pensamiento a nuestra realidad histórica. Intentamos entonces utilizar las filosofías que habíamos aprendido, como una guía o un marco teórico para reflexionar sobre nuestras propias circunstancias culturales e históricas.

José Gaos fue maestro de todos nosotros. En las dos tendencias que menciono tuvieron mucho que ver su comprensión y su estímulo. En lo que a mí respecta, más que sus ideas me sirvió de enseñanza su actitud ante la filosofía. Su honestidad intelectual, su amor por la seriedad y el rigor en el pensamiento, su desdén tanto por la intolerancia como por el fraude intelectual, fueron un ejemplo difícil de seguir.

**—Durante algún tiempo usted fue considerado como uno de los representantes del pensamiento analítico en México. Fue hacia mediados de los años cincuenta que mostró gran interés por el pensamiento anglosajón; sin embargo, la lectura de los artículos dedicados al tema de la filosofía analítica muestran, más allá del interés, una cierta complicidad en la forma de ver el mundo. Nos interesa rastrear los cauces que originaron la profusión del pensamiento anglosajón de corte analítico en la**



Marx

**Facultad de Filosofía y Letras y en el Instituto de Investigaciones Filosóficas, y aquellas vías teóricas que le acercaron a esta corriente de pensamiento; tenemos el antecedente de sus estudios sobre Husserl, Meyerson y Poincaré, pero nos interesa precisar si la reflexión en filosofía de la ciencia de estos autores fue la vía que despertó su interés en la filosofía aludida.**

—Es notable el retraso con que llegó a nosotros la filosofía de lengua inglesa. Parece casi increíble que a principios de los años 50 se ignoraba aún, en México, casi todo de ella. Hasta entonces nuestra filosofía estaba reducida a las influencias francesa, alemana y española. Alejandro Rossi y Adolfo García Díaz fueron los primeros en introducir entre nosotros, temas del neopositivismo y de la filosofía analítica, al final de la década de los 50. Pronto formamos un seminario, bajo la coordinación del propio Gaos, en el que empezamos a estudiar a Ayer, Carnap, Wittgenstein, Russell, Strawson. Uno de mis recuerdos más conmovedores es el del viejo maestro ávido por entender una filosofía que entonces le era desconocida, con un espíritu abierto que envidiaba cualquiera de sus jóvenes

discípulos. Gaos no llegó nunca, sin embargo, a asimilar esa corriente. En lo que a mí respecta, nunca me convenció el neopositivismo; en cambio, encontré en algunos planteamientos de la filosofía analítica respuesta a ciertos problemas específicos. Por entonces había estudiado detenidamente a Husserl y creía estar en un callejón sin salida. Su idealismo "platonizante" conducía a problemas insolubles y en las concepciones de la filosofía analítica sobre el significado creí ver una solución. Pero, sobre todo, fue la posición intelectual de los filósofos analíticos la que me atrajo. En su regreso a un lenguaje sencillo, claro y preciso, en su repudio a toda especulación metafísica vacía, en su espíritu crítico frente a toda aseveración insuficientemente fundada, encontré un antídoto contra la manera oscura y verborreica de hacer filosofía que periódicamente nos invade. Desde estudiante sentía repugnancia por un estilo de filosofía que prevalecía entonces, tanto en España como en toda América Latina, en el que las opiniones personales reemplazaban a los argumentos, el efecto literario a la precisión conceptual y las generalidades vacías al análisis. Por eso, me volqué primero al estudio de la filosofía de

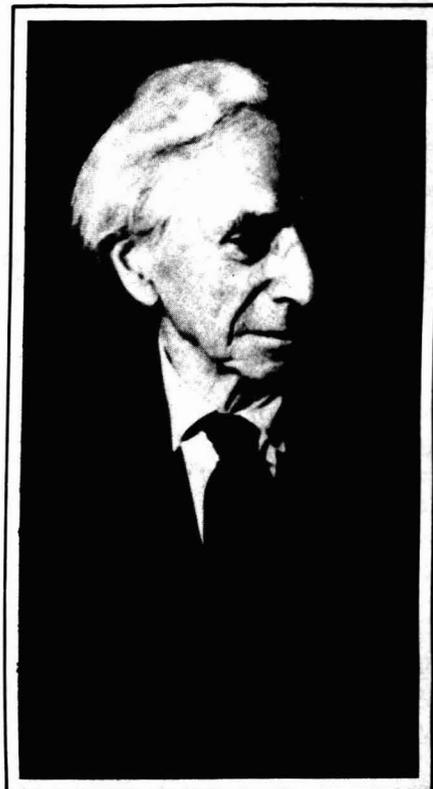


José Gaos

Husserl. El mismo interés en un pensamiento más riguroso y preciso, que me había llevado a Husserl, me condujo luego a la filosofía analítica. Pero no quisiera considerarme como un fenomenólogo ni como un filósofo analítico, aunque mucho haya podido aprender a ambas corrientes. En efecto, estoy convencido de que el verdadero rigor en filosofía no consiste en adscribirse a cierto tipo de filosofía sino en pensar con autonomía, con independencia de cualquier 'escuela' filosófica, pero con la libertad de discutir las todas.

sido desde una posición analítica. Lo que puedo decir es que he intentado tratarlo como un pensamiento vivo, tan discutible como cualquier otro, y no como una doctrina establecida que tendría que aceptarse o rechazarse en su totalidad. Ello implicaba ponerlo en relación con los planteamientos de otras corrientes actuales de pensamiento y romper, así, el guetto intelectual en el que se encierran muchos marxistas.

*Recuerdo aquel semestre en que llegó a hablar sobre un filósofo austriaco que pasó una gran parte de su vida en Inglaterra y largos periodos*



Russell

## ***El marxismo es el mejor marco teórico para explicar el desarrollo social y comprender la historia***

**—Su incursión por el marxismo a juzgar al menos por sus cursos sobre ideología fue desde una definida posición epistemológica de corte anglosajón. ¿Considera correcta esta interpretación y cuál sería en su opinión el nexo teórico y/o político que le ha llevado a trabajar esta temática marxista?**

—La influencia del marxismo en mi trabajo es muy anterior a la de la filosofía analítica. Puede verse ya en mi primer libro, publicado en 1950, y está aún presente en el último. A mi juicio, el marxismo suministra el mejor marco teórico para explicar el desarrollo social y comprender la historia; es también una poderosa arma crítica contra el pensamiento ideológico, pero mi interés principal por él es en cuanto pensamiento libertario, en la esfera social y política. En cambio, en mi opinión, el marxismo ofrece escasas respuestas a los demás problemas filosóficos. Poco de valor tiene que aportar, por ejemplo, en los temas del fundamento del conocimiento, de la ética, del significado, etc. Convertido en una doctrina cerrada, que pretende dar respuestas concluyentes a todas las cuestiones, deja de ser un pensamiento libertario para convertirse en su contrario. Por eso no puedo ser "marxista". No sé si mi enfoque del marxismo haya

*de aislamiento en Noruega o Irlanda. Tuve interés en oír lo que Luis Villoro tenía que decir acerca de un pensador cuya frase más conocida dice que los males de la filosofía radican en que los filósofos nunca han sabido guardar silencio. Muchos sentíamos que no hablaba sólo de un tema conocido, ni siquiera de un tema que le apasionara; todos los que lo escuchábamos teníamos la impresión de que nos venía a hablar de lo que él pensaba, de lo que él sentía y lo que constituían sus inquietudes más íntimas. Para esa época ya era conocida la historia de su seminario sobre el pensamiento místico, pero en su seminario sobre Ludwig Wittgenstein, Villoro parecía vivir cada una de las frases que pronunciaba.*

**—En el número de artículos y cursos que ha dedicado al estudio de Wittgenstein se nota un especial énfasis en la dimensión ética y mística de su pensamiento; esto difiere de las interpretaciones ortodoxas de la filosofía aludida. ¿Dicha interpretación sólo obedece a una justa valoración de las corrientes de pensamiento que influyeron en la formación de Wittgenstein, como es el caso de Schopenhauer y Tolstoi, o además en ello se podría interpretar una afinidad espiritual con el filósofo austriaco?**

—Afinidad espiritual, sin duda. Se reduce a un punto específico del 'primer' Wittgenstein. Una de mis

inquietudes personales ha sido la posibilidad de un conocimiento auténtico de lo sagrado, ajeno a los dogmatismos de las religiones positivas y a salvo de la crítica racional. En el *Tractatus* encontré una idea de una gran profundidad y riqueza: la demarcación entre lo que es objeto de un conocimiento científico y 'lo que muestra' sin poder ser dicho. El *Tractatus* ofrece la manera de conciliar el rigor científico más exagerado con la admisión de 'lo otro', indecible, que nos rebasa. En esta idea encontré la expresión de algo que, desde hacía mucho, buscaba. En mis trabajos se encuentra su huella desde un ensayo de 1960, *La significación del silencio*, hasta otro próximo a publicarse, *La mezquita azul*.

*El hombre que ha leído las preguntas que de manera extraña llegaron a sus manos por vía postal no es sólo un intelectual que ha pasado sus días recorriendo los pasillos de una universidad. Para él la participación activa en las tareas de nuestro tiempo es una labor de la cual ningún intelectual se puede desentender. Así, no sólo los temas de filosofía han ocupado su labor de escritor, también encontramos en sus artículos reflexiones acerca de la vida política y social de México; colaborador en la obra colectiva que coordinó Pablo González Casanova sobre México hoy, así como en otra conocida obra colectiva ¿Historia para qué?, miembro del consejo editorial de varias*

revistas de política y cultura, Luis Villoro sabe que sus reflexiones e inquietudes sólo pueden articularse de manera coherente y con honestidad intelectual mediante una participación que no eluda el compromiso que nuestro tiempo parece imponernos.

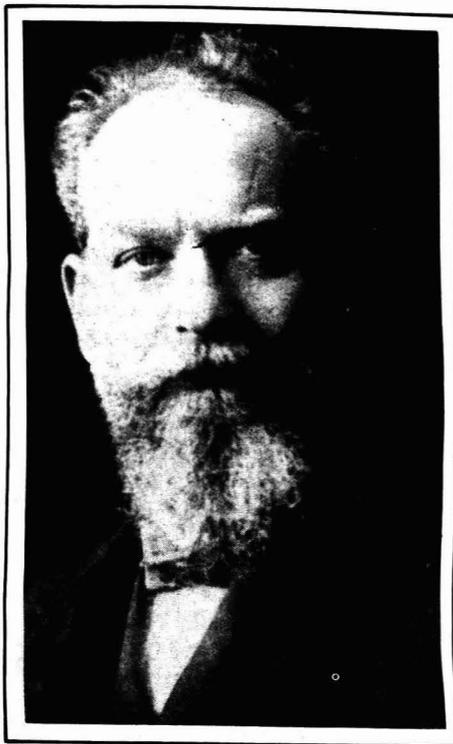
— En los pocos intentos que se han hecho por elaborar una historia de la vida intelectual en México se ha insistido en dividirla en épocas o generaciones (así por ejemplo se habla de la generación del Ateneo, la generación del 15, etc.), de las cuales los intelectuales formarían parte ¿compartiría usted este punto de vista? En caso afirmativo ¿a qué generación se inscribiría usted?

— El método de las generaciones, aplicado a la historia intelectual, puede ser fructífero, en mi opinión, porque una generación suele compartir ciertas circunstancias sociales que imprimen en los temas y proyectos de sus miembros rasgos comunes. Entre nosotros, me parece especialmente exitosa la aplicación que ha hecho de esa idea metódica Enrique Krauze, al estudiar la historia intelectual del México moderno.

Mi generación empieza a manifestarse en el medio siglo, en las postrimerías del periodo presidencial de Miguel Alemán. Es una época de optimismo en las posibilidades de desarrollo, de un nacionalismo confiado, pero también de la primera sensación clara de que el auténtico movimiento revolucionario había terminado. Esos rasgos se reflejan en la primera etapa de actividades de la mayoría de los miembros de mi generación: búsqueda de la identidad nacional, confianza en la construcción de una cultura más profesional y sólida, pero, también, sentido crítico y escepticismo ante la realidad social.

— Tenemos entendido que lo mismo participó en la fundación del Partido Popular que del PMT; nos interesaría que nos hablara de su concepción de la relación de los intelectuales y la política y de los cauces y posibilidades que le abrieron en su su propia experiencia.

— Trataré de ser sincero. Mi interés por la política no obedece a razones teóricas sino a la indignación por la injusticia y la humillación que sufren tantos hombres. No creo que mi adhesión a



Husserl

determinados movimientos de izquierda se deba a intereses de clase ni sea el resultado de análisis más o menos 'científicos'; obedece a un impulso de carácter moral. En el fondo, esa motivación no es muy diferente de la que me lleva a la reflexión filosófica. En ambos casos hay el mismo deseo de sacudirse de algo que nos oprime: opresión de los prejuicios, de la ignorancia, en la reflexión, opresión de la dominación, de la injusticia, en política.

Creo que la liga del intelectual con la política es, en el fondo, pasional, aunque esa pasión esté dirigida hacia la razón. En la medida en que el intelectual está movido por un interés real en la razón (en la autenticidad, en la verdad), no puede menos de interesarse porque se establezca igualmente en la sociedad un orden racional. Los intelectuales que no se interesan en la política siempre me han parecido sospechosos de estar demasiado dominados por la vanidad y el narcisismo.

Viene ahora la inquietud del presente; la filosofía y sus tareas, la filosofía y sus posibles aportaciones, las funciones que desempeña, los poderes que legitima, las esperanzas que alimenta. La filosofía hoy, en estos tiempos de crisis, en un país como el nuestro.

— Parece que el signo característico de la década de los 80 es la crisis. Crisis política y económica de la cual

ningún país ha podido escapar. Mucho se ha hablado acerca de ella en términos de cuentas nacionales y mucho se ha especulado acerca de sus posibles repercusiones para el futuro cercano, pero en este tiempo en el que han fracasado todos los proyectos y programas de desarrollo para salirle al paso, difícilmente podría afirmarse que sólo se trata de una crisis económica. ¿Piensa usted que en este vacío de explicación la filosofía podría aportar elementos para la comprensión de esta crisis? De acuerdo con las dos posibles funciones de la filosofía que usted destaca en su artículo "Filosofía y dominación" — como legitimadora del poder y como crítica del poder — ¿cuál considera usted que ha sido la función dominante de la filosofía en México y la que convenga desarrollar en estos tiempos?

— La crisis es el signo de la transformación profunda de las estructuras sociales, la cual implica cambios radicales en nuestra adhesión a valores. Pero esa transformación puede ser muy lenta y durar varias generaciones; pensemos en los siglos que duró la transición a la sociedad capitalista. La filosofía se ocupa de problemas que no sólo afectan a nuestra coyuntura sino que se refieren al sentido de la especie humana en su conjunto y a procesos que la afectan por largos periodos. Por definición, cualquier reflexión racional sobre los problemas que interesan a la especie humana en cuanto tal, y no sólo a un grupo, es filosofía. Y nunca hemos tenido mayor necesidad de una reflexión semejante. En cuanto a la segunda pregunta, a mi juicio, toda filosofía, si es auténtica, tiene una función disruptiva frente a la situación social imperante, porque ejerce una función crítica de las convenciones ideológicas que permiten su sustento. Esto responde a la segunda parte de su pregunta. En cuanto a la primera: en México, como en cualquier otra sociedad, la filosofía ha tenido las dos funciones señaladas. Una misma filosofía puede tener en un momento una función disruptiva, cuando se ejerce como actividad racional, autónoma, que pone en cuestión ciertas creencias establecidas, y, en otro, una función conservadora, cuando se convierte en una doctrina fija que reitera creencias aceptadas sin ponerlas en cuestión. En

la historia del pensamiento en México podríamos encontrar muchos ejemplos de este proceso. Pensemos en el liberalismo, en el positivismo, en el 'intuicionismo' de Caso. Todas esas filosofías tuvieron, en un momento, una función liberadora y crítica frente a creencias imperantes, pero pudieron servir también, luego, como doctrinas justificadoras de intereses de grupos. En la misma filosofía cabe distinguir estas dos funciones. Lo mismo podríamos hacer con las filosofías actuales. Tanto el marxismo como la filosofía analítica podrían cumplir una u otra función.

Sólo cuando nuestro pensamiento llegue a ser auténtico en esos dos sentidos, podremos tener una filosofía propia, que no sea un mero reflejo de doctrinas que provienen de otras sociedades.

**— Usted es conocido entre sus compañeros y alumnos como pedagogo y como pensador de amplio espíritu y con la curiosidad del científico ¿Estas son cualidades que a su juicio, debe tener un filósofo?**

—Creo que mi respuesta a esta pregunta podría desprenderse de la anterior. Si la

reflexión filosófica ha de tener un espíritu crítico y ha de buscar claridad y precisión, tendrá que coincidir, en estos dos puntos, con una actitud científica; aunque sus temas y métodos no sean los de una ciencia. Por otra parte, en un medio como el nuestro donde la ignorancia, y la improvisación se confunden a menudo con el trabajo serio, la labor educativa es de primera importancia.

*Por ahora es la UNESCO una oportunidad para ver el mundo de otro modo. En la actualidad Luis Villoro es responsable del Comité de Bienes Patrimoniales, una sección de la UNESCO en la cual se intenta dar solución al reclamo que el Gobierno Griego presentó ante la Gran Bretaña para recuperar parte del Templo del Partenón que desde el siglo pasado adorna una de las salas del Museo Británico. El reclamo no tiene, desgraciadamente, muchas posibilidades de éxito, en el saqueo de bienes históricos y culturales es otro signo de nuestro mundo. Pero el reto es excitante y la recompensa, cualquiera que sea el desenlace, es haber podido mostrar en los hechos la voluntad por un mundo mejor.*

*Los días transcurren con calma en el verano parisino. Villoro recorre a diario el camino de la Rue Floquet a la sede de la UNESCO. Ahora son las calles de París los testigos de su rápido caminar, de su permanente sonrisa. ¿Qué significa para Luis Villoro esta nueva labor en la UNESCO?*

**— La actividad que desempeña hoy en la UNESCO como representante de México ¿la considera como un paréntesis en su trabajo filosófico o como "un momento" del mismo articulado a los problemas de la filosofía?**

—Ambas cosas, tal vez. Se referían antes a la actual crisis. En la UNESCO se encuentran representantes de la educación y la cultura de muy distintas regiones. Es como un pequeño *aleph* en el que se refleja la situación del mundo en ese campo. Es un lugar señalado para tratar de entender nuestra situación mundial, con toda su irracionalidad y, también, para percatarse del conflicto entre los intereses nacionales y el interés común de la humanidad. Es, pues, un estímulo intelectual para quien se interesa en esos temas. Pero veo mi estancia aquí como una etapa transitoria. Espero volver pronto a mi lugar de elección: la universidad mexicana. ◇

## Una de mis inquietudes: la posibilidad de un conocimiento auténtico de lo sagrado

**— Y sobre el futuro, ¿Cuáles juzga usted son los derroteros o posibilidades del quehacer filosófico en México?**

— Los trataría de resumir en dos puntos:  
1) Búsqueda de un mayor profesionalismo. Lucha contra la improvisación y en favor de la precisión y la claridad. Tránsito del quehacer filosófico basado en la opinión personal o en la reiteración de ideas ajenas, a la reflexión fundada en la argumentación racional y en el análisis y distinción de conceptos.

2) Búsqueda de una mayor autenticidad, en dos sentidos:

2a) Autenticidad como autonomía del pensamiento. Auténtico es un pensamiento que no se limita a repetir doctrinas aprendidas, sino que las pone en cuestión y busca la verdad por cuenta propia.

2b) Autenticidad como adecuación a los intereses y necesidades propios. Auténtico es un pensamiento que no responde sólo a necesidades de otras sociedades (generalmente las metrópolis culturales) sino a problemas y necesidades de nuestra sociedad. Por supuesto que esos problemas pueden no ser específicos, muchos pueden ser comunes con otras sociedades. No es la especificidad la que los hace auténticos, sino el hecho de que respondan a necesidades reales y propias y no a necesidades ficticias, inducidas.



Wittgenstein